

Conferencia magistral

“La calidad en el periodismo deportivo”

Andrew Jennings, periodista de investigación y cineasta británico, especializado en la corrupción en la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA) y en Comité Olímpico Internacional (COI).

PRESENTADOR: **Ezequiel Fernández Moores**, redactor de la agencia ANSA, autor de un *blog* deportivo en *La Nación.com* y colaborador de medios nacionales e internacionales.

Ezequiel Fernández Moores: Lo conocí a Andrew hace casi una década en Copenhague, compartimos algunos congresos. Y creo que hay en la sala muchos estudiantes de Periodismo. Andrew creo que ya anda por los 64, y a esa edad sigue combatiendo como cuando tenía 20 cada vez que escribe una crónica. Investiga, e investiga al poder, no cosas mínimas, investiga al verdadero poder. Y “ese” es el combate de Andrew. En el “Play It Again”, que es un congreso que hemos compartido en Copenhague y ahora, hace un mes, en Islandia, Andrew es el verdadero tábano, el tipo que molesta a todos. Su presencia, incluso, aleja a algunos conferencistas que desearían ir pero no quieren compartir un panel con él porque saben que les va a preguntar lo que ellos no quieren que nadie les pregunte. Ese es Andrew Jennings, comenzó investigando “Irán-Contras”, a Scotland Yard, y se dio cuenta de lo que significa hoy el deporte en el mundo moderno, ese escenario de negocios cruzados, política y corrupción. Hacia allí se dirigió Andrew, primero con el Comité Olímpico Internacional (COI); publicó libros que anticiparon la expulsión de casi una docena de sus miembros, a partir de graves denuncias de corrupción que formuló. Y ahora su objetivo es la Federación Internacional del Fútbol Asociado (FIFA). Ya ha publicado un libro reciente, “FOUL”, y sigue investigando qué ocurre allí con la FIFA.

De eso seguramente nos hablará ahora.

Andrew Jennings*

Gracias. Es lindo ser invitado a algún lado estos días: todavía me estoy recuperando de una lista negra de seis años por parte del Comité Olímpico Internacional (COI); la FIFA hace cuatro años que no me recibe y la Asociación de Fútbol de Inglaterra ignora mis correos electrónicos. Debo estar haciendo algo bien.

* Conferencia original en inglés, traducida por Ricardo Mosso.

Todos tenemos distintas visiones sobre la enseñanza del periodismo de investigación. Algunos dicen que el consejo es simple: utilicen modales adecuados y un poco de habilidad literaria. Yo sólo puedo decirles qué es lo que funcionó para mí.

¿Cómo hago este trabajo? Siempre escucho lo que me dicen las fuentes confidenciales, pero –más que nada– estoy decidido a conseguir documentos privados e internos. Con éstos se accede a la historia real, y se logra el apoyo de los abogados.

Pero, ¿cómo se consiguen estos documentos?

Así es como adquirí una enorme colección de los documentos confidenciales de la FIFA más cuidadosamente custodiados. Nadie había ingresado nunca a sus archivos. ¡Qué desafío! Así que cuando asistí a mi primera conferencia de prensa de Joseph Sepp Blatter, en Zurich (Suiza), a principios de 2001, sabía lo que buscaba. Sabía que el presidente Blatter dirigía una sistemática organización de sobornos que disminuía cualquier cosa que hubiera pasado en el COI, aunque no tenía pruebas. ¿Cómo meterse adentro, cómo conseguir los documentos?

Miré cuidadosamente al auditorio: alineados contra las paredes había 20 o más funcionarios de la FIFA, una brigada de caras de “sin comentarios”, que habían sido vigilados, disciplinados, sus cerebros lavados y a veces castigados durante años si tan sólo parecían menos que leales al “Máximo Jefe”.

Una de las razones por las que hacemos este trabajo es porque creemos que la inmensa mayoría de los seres humanos es gente que quiere ser honesta y que cree en la decencia. Así que en cualquier organización, sin importar cuán retorcidos sean sus líderes, hay muchos empleados honestos que tienen que pagar su alquiler y tienen familias que alimentar, pero que están a disgusto con la corrupción de sus jefes. Y esos empleados son quienes controlan los archivos, los correos electrónicos de los jefes, los servidores de las computadoras. Tienen las solicitudes de gastos, los recibos de sueldos, los comprobantes de viáticos y de compensaciones extras secretas, las facturas del alquiler de los jets privados: material de todo tipo que nos ayuda a hacernos el cuadro de cómo opera la organización.

Si logramos hacer sentir seguros a estos funcionarios anónimos de nivel medio, y también lejos de la exposición, podrían entregarnos el material que necesitamos para llevar la verdad al dominio público.

¿Y cómo iba yo a identificar a estas potenciales fuentes, e identificarme yo mismo ante ellos como una persona en la que podían confiar? Dos meses después, fui a otra conferencia de prensa de la FIFA en Zurich. Tuve el cuidado de ubicarme directamente enfrente del presidente Blatter. Cuando terminó de hacer sus comentarios dilatorios, diseñados para darle algo a las agencias de noticias, levanté la mano y le pregunté, todo lo agresivamente que pude: “Herr Blatter, ¿usted alguna vez aceptó un soborno?”. Los periodistas que me rodeaban parecían avergonzados, algunos me miraron bastante mal. ¿Quién era este irrespetuoso? Algunos hasta intentaron alejarse de mi feo olor. Los amé a todos, porque estaban jugando mi juego, señalándoles a los “trajes” (hombres y mujeres) de la FIFA que yo era diferente, que no era un periodista respetable. Como suelo hacer, para marcar la diferencia no estaba con traje ni corbata: parecía un periodista

al que le importaba un comino lo que Herr Blatter pensara de él. Y fue útil trabajar para un editor que también pensaba que la corrupción en la FIFA debía ser expuesta, y que me apoyaba ante cualquier queja de esta organización.

Llamar a Blatter –el autodenominado “Ser Supremo del fútbol”– “Herr Blatter” (señor Blatter) y no “presidente Blatter” fue absolutamente deliberado. Así les envié a los empleados de la FIFA en ese salón otra señal de que a mí no me impresionaba Blatter, de que para mí no era más que otro estafador barato.

Blatter se ahogaba de la rabia, y a mí me costaba mantener cara de nada. Por supuesto que negó mi aseveración: “Nunca recibí un soborno”, gruñó. Lo que significó un final perfecto, para ese día, ya que logré un titular en mi diario al día siguiente: “Blatter negó haber recibido sobornos”. El concepto de coimas en la FIFA ahora estaba en juego, ante la visión pública. Y Blatter quedaba relacionado con las coimas en forma segura, lejos de una acusación de injurias y calumnias. El tema “sobornos” subrayaba que yo estaba detrás de las entrañas sucias de la FIFA, no de las gacetillas de Joseph Blatter.

Mi pregunta, mi comportamiento y los consiguientes titular y nota en mi diario en Londres enviaron un mensaje importante a los funcionarios: yo era la “cara nueva del barrio” que buscaba pelea con un Hitler de dos caras, mentiroso y dictatorial, que les había hecho miserable su vida laboral. Y funcionó, maravillosamente.

Dentro de los dos meses siguientes, me llamaron secretamente a Zurich, conocí a varios funcionarios a medianoche en un edificio del centro de la ciudad y comenzó el flujo de documentos, que todavía sigue. No creo que ningún otro periodista en el mundo consiga los documentos oficiales de la FIFA, nadie.

La otra lección fue que los periodistas que sólo publican las gacetillas y las citas de las conferencias de prensa nunca van a recibir la confianza de las fuentes internas. Y es entendible, porque se tiene miedo a que esos periodistas terminen traicionándolos.

Incluso hay aquí otra lección sobre los periodistas tontos que están demasiado asustados –o son demasiado holgazanes– como para criticar a los jefes, sea de deportes, política o negocios. Estos periodistas tienen miedo a perder acceso; pero todo lo que el acceso a los ricos y poderosos les ofrece son gacetillas, basura para llenar los espacios entre avisos de sus diarios.

Los periodistas basura se salieron con la suya durante décadas, pero su momento está casi por terminar: Internet significa que el público ahora puede elegir cuidadosamente lo que consume, ya que puede encontrar el buen periodismo e ignorar la bosta. Creo que esto va a abrir un maravilloso y nuevo futuro para periodistas de investigación, a la vez que significará el desempleo para los periodistas que no están inspirados por la búsqueda de verdades.

Una vez que uno consigue los documentos, hay que usar algunos bastante pronto y sentarse –quizás años– sobre otros, hasta que llegue el momento adecuado.

Parte de su cosecha puede ser interesante para la Policía, o para los recaudadores de impuestos. Por eso usted tendrá que construir buenos contactos con detectives honestos, funcionarios investigadores y otros empleados estatales: deles los documentos y ellos le devolverán el favor. Y, así, usted estará a un millón de kilómetros de distancia

de la “banda” de las gacetillas de prensa. Pero recuerde: estos procesos pueden llevar años. Claro que, mientras más publica, más fuentes se le abrirán, y conseguirá nuevos temas en otras áreas de investigación.

Recuerdo que hace más de 20 años, cuando me dedicaba vigorosamente a perseguir policías deshonestos en Londres, me hice de un nuevo club de admiradores: funcionarios de aduana que investigaban la importación de drogas ilegales. Estaban hartos de los policías que protegían a criminales y, como les gustaba lo que yo hacía, me ofrecieron un premio. Me llevaron dentro de un gran grupo mafioso de Palermo (Italia) que ingresaba heroína a Inglaterra, y me dieron los mejores contactos con la Policía decente de esa zona. Eso se convirtió en un gran documental para televisión.

Yo tengo un sitio de Internet realmente feo y poco sofisticado; su única virtud es que muestra que estoy en el campo opuesto al de todos los dirigentes deportivos corruptos. Cada semana o cada 10 días, recibo un *mail* de un funcionario honesto que, desde algún lugar, me quiere contar una historia. Luego me mandan documentos y ahí salgo yo de nuevo.

Hace dos décadas la llamé “teoría magnética del periodismo”: cuantas más noticias pesadas usted publique, más primicias le van a ofrecer. Lo único que tiene que hacer es no usar corbata, y aprender a ser rudo con los “Malos”.

¿A quiénes tenemos que investigar? Yo tengo una prueba sencilla: cuando miro a una gran empresa, a un gobierno, a una organización pública, examino la cara que ofrecen al público. Y, entonces, excavo y excavo hasta encontrar lo que hacen en privado. Si existe un agujero entre la fachada pública y la realidad privada, ahí está el tiro inicial para el investigador. El sociólogo y activista francés Pierre Bourdieu lo escribió en forma brillante: “Entre las tareas de una política de la moralidad (está) la de trabajar incesantemente hacia develar las diferencias ocultas entre la teoría oficial y el progreso real, entre las candilejas y las trastiendas de la vida política”. Eso es lo que hacemos: buscar las diferencias ocultas.

Aprendí el oficio investigando a empresarios tramposos para un programa de radio para consumidores; en algún lado hay que empezar. Luego, durante los años ochenta, exploré la corrupción entre altos oficiales de la policía en Londres y revelé sus estrechas relaciones con los mafiosos a quienes debían agarrar. Durante el escándalo del “Irangate” (1987), viajé a Washington y a Nicaragua para investigar a los servicios secretos de inteligencia. Y estuve un tiempo en Beirut, traumatizado cada vez que la artillería pegaba cerca de mí, pero yo prefiero poder observar bien a la gente que me quiere matar.

Después, fui para Italia a investigar a la mafia y sus cargamentos de heroína hacia Londres; fue un gran entrenamiento para mi siguiente tarea: el Comité Olímpico Internacional. Cuando comencé, algunos de mis colegas en el periodismo de investigación se rieron desdeñosamente. “¿Deportes –dijeron– nosotros investigamos a gobiernos y grandes empresas, a la policía, a los servicios de inteligencia y a los narcos. Los grandes no nos metemos con el deporte”. Y yo les dije que estaban equivocados: “Las organizaciones deportivas están en la esfera pública y solicitan

subsidios de parte de los contribuyentes, a pesar de que insisten en no permitir a los gobiernos interferir con lo que hacen con ellos”.

Herr Blatter, Monsieur Rogge; y –más cerca de Argentina- los señores Grondona y Leoz; para no olvidar a Havelange y Tiexiera, más al Norte, le temen a una sola cosa: no a sus electores, ni a sus patrocinantes, tampoco a los jugadores: le tienen miedo a los funcionarios que investigan, a la Policía y a nuestras legislaturas.

Recuerden quién comenzó a limpiar una competencia como el Tour de France, quién convirtió el nombre del equipo “Festina” en un sinónimo de *doping*. No fueron ni el COI ni la Unión Ciclista Internacional (UCI), sino los funcionarios de aduana y los policías, tanto en España como en Alemania e Italia.

Y en Suiza hay un funcionario heroico, Thomas Hildbrand, que le produce pesadillas a Blatter. Mientras nuestras asociaciones nacionales de fútbol se apropiaban de entradas a los mundiales y de su lujoso estilo de vida, y lo reelegían junto con sus *gángsters*, Hildbrand terminaba una investigación y llamaba a juicio penal en Suiza para el segundo trimestre de 2008. Y luego volvía a trabajar, mientras Blatter comenzaba a no dormir bien.

Por suerte, existen investigadores nombrados por gobiernos democráticamente electos; nuestra tarea es utilizar a los medios para apoyar sus investigaciones y correr la voz de que incluso los más ricos y poderosos no son inmunes al escrutinio judicial. Los policías comenzarán entonces a ayudarlo, y usted conseguirá el tipo de acceso a ese material exclusivo con el que los periodistas vagos sólo se atreven a soñar.

Y esto no es gracias a los patrocinadores de los deportes: Coca-Cola soborna a las organizaciones deportivas para que vendan sus bebidas que pudren los dientes a los chicos, mientras los periodistas contribuyen suprimiendo esa información. McDonald’s –la gente que quiere volver gordos a nuestros chicos– le pagan a Rogge, el presidente del COI, fabulosos gastos para que éste les cree una buena imagen: “compre una hamburguesa, pagando con VISA, y contribuya a tapan un *doping* positivo”.

Y, además, hay otro *sponsor* particularmente desagradable: el más grande patrocinante del COI y sus justas deportivas es la empresa General Electric (GE). Su cadena televisiva, *NBC*, muestra a los Juegos Olímpicos como una simple práctica del heroísmo, pero no nos dice que los deportistas de elite están tan drogados que no se puede creer lo que se ve en televisión.

No se necesita mucha investigación para descubrir que GE (que, por supuesto, ayudó a financiar la Tregua Olímpica del COI e interminables conferencias de ¡paz! y deportes) –pruebe a buscarlo en Google– fabrica los motores de algunos de los aviones de guerra más impresionantes que en este momento bombardean civiles en Afganistán e Irak. Eso es lo que el COI llama “idealismo olímpico”.

A veces el periodismo de investigación sólo necesita dar un paso atrás y pensar fría y claramente, sin dejar que su mente sea oscurecida por la propaganda.

Blatter debería –y es posible que así suceda– ir a la cárcel en Suiza. Yo ya soy considerado un criminal en ese país; un criminal olímpico. Caballeros, cuidado con las billeteras; damas, agarren sus bolsos con firmeza. Escribí un libro contando la verdad sobre el COI, y no les gustó. Un tribunal de Lausana, en Suiza, decretó en 1994 que yo

había demostrado “una profunda animadversión hacia el Comité Olímpico Internacional, su presidente y sus miembros, por las críticas a sus personalidades, su comportamiento y su administración. Jennings es culpable de mentir con fines de lucro”. Dios Santo.

No me molesté en gastar mi dinero viajando a Suiza para defenderme; las cartas venían mal barajadas para mí: el juez era amigo del COI. El tribunal me sentenció a cinco días de cárcel en suspenso y prometió detenerme si alguna vez repetía esas terribles injurias. Naturalmente, no dejé de hacerlo nunca. Fue el mejor premio de periodismo que recibí jamás.

Debería señalar que el COI jamás se atrevió a demandarme fuera de su pequeño gueto: no quisieron arriesgarse. ¿Cuál fue mi verdadero delito? Haber revelado que el Presidente del COI, Juan Antonio Samaranch, había sido durante 37 años, en el régimen asesino de Franco, un leal y exitoso fascista. ¿Podía ser verdad eso? ¿Era un fascista el presidente del COI, jefe de una organización dedicada al deporte, la paz, la juventud y todas las cosas buenas, el Guardián de los Valores Morales del Deporte? Sí: miren la foto de Samaranch haciendo su ejercicio favorito con el brazo derecho en alto. Ahí está, es el cuarto desde la derecha, ¿no luce bien?

La foto fue tomada en 1974, cuando él era vicepresidente del COI. Seis años después, lo invistieron presidente. Es difícil que ustedes puedan encontrar a cualquier miembro del Comité que admita que su jefe durante 20 años –hasta 2001–, era un nazi con carné. En el COI, el fascismo de Samaranch es un tema tabú, aunque jamás vea a los periodistas mencionándolo.

Los periodistas de las áreas duras de los medios, de política –y todos los otros– siempre dan vuelta a cualquier recién llegado, a cualquier político o presidente en ciernes. Pero no lo hacen con los dirigentes deportivos, que están protegidos.

¿Con qué frecuencia los periodistas deportivos mencionaban a este sujeto desagradable y decían que el jefe olímpico es un nazi? Samaranch todavía tiene influencia en el COI, así que no lo hacían. Y al ocultar el repugnante pasado de este hombre, nuestros periodistas se decepcionan a sí mismos, igual que a sus lectores, oyentes y televidentes.

Mi libro también reveló que hubo integrantes del COI que recibieron sobornos; publiqué esto antes del escándalo de sexo por votos en Salt Lake City (Estados Unidos) que salió a la luz en 1998. A causa de que los periodistas deportivos niegan el fascismo de Samaranch tampoco pudieron explicar las raíces de ese caso, que estaban en que el presidente del COI había importado la práctica de la corrupción institucionalizada desde su experiencia política al trabajar durante la dictadura española. Y no fueron los periodistas deportivos los que nos trajeron el mejor escándalo de Salt Lake City; fueron los periodistas de zonas duras a los que les importaba un comino si un pequeño cultor del paso de ganso no les sonreía más. Por eso, hago un homenaje a los periodistas del diario *Salt Lake Tribune*, que se pusieron a bucear en los archivos y hallaron la graciosísima historia de los aristócratas del COI que le dieron instrucciones a un *junior* de la oficina para que fuera a hacerles compras. ¿Qué querían? Un gran paquete de pastillas de Viagra, un violín y otra cosa que costaba 74,27 dólares, un vibrador. ¿Qué tipo de fiesta estaban planeando esos viejos?, ¿iban a hacer control *antidoping*?

Ahora que el COI está enfrentando nuevos escándalos –la nueva corrupción pasa por las nuevas mafias del este de Europa y por el presidente Rogge, el de los dientes y el pelo lindos, elegido por Samaranch– no tiene la menor idea de qué hacer al respecto.

Mientras tanto, al norte de Argentina, en un país grande que sigue invadiendo a otros países, los periodistas idiotas nos dicen que el COI y el Comité Olímpico de los Estados Unidos están más cercanos que nunca. Hasta podríamos llorar.

Nunca pierdan una oportunidad de exponer cuán estúpidos pueden ser los malos. Existen más maneras para dar nuestro punto de vista en gráfica, en guiones para radio y televisión o en Internet. Si pueden hacer reír a la gente, se recordarán los temas serios que planteen.

En 2006 me invitaron a ser el orador en una conferencia de profesores muy serios, que no se ríen. Les quise demostrar que la FIFA no merece una investigación académica, porque el análisis es simple: en la FIFA no son más que ladrones mentirosos. Así que de esta forma traté de plantear mi opinión.

En 2003 pensé que a los lectores de mi diario les gustaría saber cuánto dinero el presidente Blatter embolsa en la FIFA. La persona obvia a quien preguntarle era el entonces secretario general y director de finanzas de la Federación, el señor Urs Linsi. El señor Linsi es de confiar. Ese mismo año escribió en el sitio web de la FIFA:

Deberíamos recordar siempre el permitirles a los medios y al público saber qué estamos haciendo. Existe un enorme interés público sobre la FIFA, y por lo tanto deberíamos ser tan transparentes como sea posible. Trataremos de comunicarnos de una manera más abierta en lo que respecta a los asuntos del fútbol, de tal manera que el mundo nos pueda creer y estar orgulloso de su federación.

Le mandé un correo electrónico al "transparente" señor Linsi: "Por favor dígame cuánto gana el presidente Blatter en salarios, aportes jubilatorios, automóviles, extras y otros beneficios". Linsi no contestó, así que le escribí al director de comunicaciones de la FIFA, Markus Siegler, quien muchas veces se negó a aparecer en reuniones públicas connigo. Y cuando él me contestó, todo se volvió muy tonto. Este fue nuestro intercambio de correo electrónico:

Jennings: ¿Podría usted revelar cuánto se le paga a Sepp Blatter?

Siegler: Podemos contestar su pregunta de esta manera:

El tema de las compensaciones para el Presidente se trató y decidió unánimemente en el Comité de Finanzas durante la reunión del 15 de diciembre de 2002 en Madrid. Las minutas respectivas fueron ratificadas por el Comité Ejecutivo en su última reunión, el 6 de marzo de 2003, aquí en Zurich. Gracias por su comprensión.

Siegler ni siquiera había comenzado a contestar mi pregunta, así que lo intenté de nuevo:

Jennings: No comprendo. ¿Por qué no quiere decirme cuánto gana Blatter?.

Siegler: Debemos acatar reglas internas y tradiciones culturales. En Suiza, los salarios y los ingresos simplemente no se publican. Además, usted tampoco debe cuestionar la transparencia de la FIFA”.

Volví a intentar: “¿Cuánto gana Blatter?”.

–Siegler: Ya le dijimos.

–Jennings: No, no me dijeron.

–Siegler: Sí que lo hicimos.

–Jennings: ¿Y cuánto era que ganaba?

–Siegler: Ya le dijimos. Aparte, ¿quién quiere saber?

Desistí, volví a rebuscar nuevamente y logré un documento que dice que Blatter se paga una enorme y secreta compensación adicional. Escribí la nota bajo este titular: “Revelación: el bono secreto de Blatter que la FIFA quiso ocultar”.

La nota decía que João Havelange, el ex presidente de la FIFA, había dispuesto en medio de una gran confidencialidad que Blatter recibiera ese pago todos los años. Revelé estos datos en el diario *Daily Mail* de Londres el 18 de marzo de 2003. En pocas horas, el sitio de Internet de la FIFA anunciaba dramáticamente al tope de la página:

La FIFA demandará a Jennings

El presidente Blatter instruyó a sus abogados para iniciar una demanda judicial contra Andrew Jennings y el periódico Daily Mail.

La gacetilla decía que yo había publicado... “ficción”. Y entonces me declararon persona “non grata” en todos los edificios de la FIFA, conferencias de prensa y eventos; cosa que todavía sigue, pero no me demandaron. Blatter no podía hacerlo porque yo había obtenido una declaración bajo juramento del anterior jefe de Finanzas de la FIFA. Sin embargo, Blatter sí tuvo éxito en asustar a otros periodistas: nadie se atrevió a levantar el tema.

Más adelante, en 2003, otra interesante información me llegó; no tenía un documento pero sí grabé una conversación con una fuente clave. Mis abogados aceptaron que esta fuente decía la verdad. Además, también logré la confirmación de otras dos fuentes.

La revelación fue divertidísima: alguien de la empresa ISL Marketing –que durante años había pagado retornos a funcionarios de la FIFA– recibió la orden de pagarle una

coima a un alto ejecutivo de la Federación. Debe haber estado medio dormido porque, en vez de enviar el dinero a su cuenta bancaria *offshore*, lo hizo directamente a la sede de la FIFA en Suiza.

La organización tampoco me hizo un juicio por esto y, luego, en el canal de TV de la *BBC*, nombramos al ex presidente Havelange como el que recibió el gran soborno. Ningún periodista jamás repitió esta información; todavía están aterrorizados ante la idea de molestar a los dirigentes deportivos.

Dos años más tarde, ya en 2005, publiqué la primera edición del libro sobre la corrupción en la FIFA. Blatter concurrió a los tribunales de Zurich y –escuchen esto– solicitó que le impongan una prohibición total –sí, total– a mi libro. El juzgado se negó.

Así que, ¿qué es lo que hace a un “buen” periodista?, ¿y por qué soy “persona non grata” en la FIFA? La Federación Internacional de Periodistas le escribió a la FIFA quejándose por la prohibición impuesta a mi persona. Herr Blatter contestó, dándonos al mismo tiempo un consejo útil al definir lo que él cree que es buen periodismo.

Como organización privada, la FIFA no está obligada a entrar en discusión o contestarle a periodistas que en forma injuriosa se oponen a la Federación y violan severamente los principios básicos del periodismo correcto para producir informes sensacionalistas y sesgados. A pesar de que la FIFA en general tiene un política informativa abierta y transparente, existen límites a los que los periodistas deben adherir.

Lo triste es que la mayoría de los periodistas deportivos se fijan ellos mismos los límites. Así es como la FIFA manipula las noticias; miren el sitio web: el texto más aburrido que nunca hayan leído. ¿Qué tiene que hacer un periodista para conseguir notas?

¡A no preocuparse! Lea las notas de la agencia de noticias inglesa *Press Association*, lea los diarios *The Guardian*, *Daily Telegraph* e *Independent*: todos tienen acceso a alguien a quien llaman “una alta fuente de la FIFA” que les cuenta historias maravillosas y alegres sobre cómo Sepp Blatter pelea contra la corrupción, arma un comité de ética, está enamorado del fútbol, tiene la misión de proteger el juego... y nunca se metió un soborno en el bolsillo.

A esta importante fuente nunca la nombran, pero se llama Peter Hargitay y, antes de ser contratado por Blatter para ayudarlo a salir de su lío de corrupción, tuvo una carrera interesante. En los años ochenta, Peter Hargitay trabajó para la empresa Union Carbide explicando que no era culpa de ellos que miles de habitantes de la India murieran o fueran mutilados por sus químicos. Luego, se fue a trabajar con el operador de bolsa norteamericano Marc Rich, prófugo de la Justicia, quien amasó una fortuna vendiéndole petróleo y vulnerando las sanciones económicas al régimen del *apartheid* en Sudáfrica.

En su sitio de Internet, Hargitay contaba orgullosamente que él podía alejar a los periodistas de las notas que pudieran dañar a sus clientes. Y ciertamente ha tenido muchísimo éxito haciéndolo con la prensa en inglés.

Me tomó cerca de una hora descubrir los antecedentes de Peter Hargitay. Desde que publiqué dos capítulos en mi libro sobre la FIFA, mucha más información me

llegó, pero no importa: ¡la Federación Británica de Fútbol lo contrató para que los asesore en cómo lograr el derecho de ser los anfitriones del Mundial 2018! Hargitay dice que no trabajará más para Blatter porque podría haber un “conflicto de intereses”.

En 2008 será interesante el momento en el que algunos de los sobornos que se pagaron a funcionarios de la FIFA sean revelados en un tribunal suizo. Se puede oler la carne de la FIFA que se desintegra; parece que una era de corrupción en la FIFA está culminando, así que es tiempo de investigar a Franz Beckenbauer y a Michel Platini, los dos delanteros que piensan reemplazar a Blatter.

Finalmente, si todavía alguno de ustedes tiene dudas sobre la importancia de este tipo de investigación, vean estas tres fotos que muestran el disgusto de Blatter inmediatamente luego de haber sido reelegido para la presidencia de la FIFA en 2006. Esto prueba que el pescado se pudre desde la cabeza; elijan sus cabezas.

Muchas gracias.